

ASIA MENOR: KAZAJISTÁN

El infierno

Había escogido el peor camino posible para entrar en Uzbekistán, el que comienza en Aktau, a orillas del mar Caspio, y cruza todo el interminable desierto hasta esta frontera. Un auténtico infierno.

@MIQUELSILVESTRE M. SILVESTRE

La dependencia del aduanero uzbeko constaba de un sucio cubículo rectangular de dos metros por tres construido con basto hormigón. Un sillón desvencijado. Una mesa coja de formica desbaratada. Un archivador gris. Tres ventanas traslúcidas de polvo. Un alargado cartel con una frase en árabe del Corán que colgaba torcido sobre una estantería. Sobre ella, una torta de pan sin levadura, una tetera renegrida, doscientas moscas y una radio que emitía sin pausa una atroz música mestiza, mezcla de ritmos electrónicos de pachanga discotequera y ulular de canciones tradicionales asiáticas.

Yo permanecía de pie, esperando obtener un permiso de importación temporal de mi motocicleta. A mi lado, un grupo de militares y civiles discutía a voz en cuello y con muchos aspavientos. Observé a los soldados. Hay algo en su modo de llevar uniforme que destruye la posible prestancia que les pudiera otorgar: los zapatos. Ningún militar o policía lleva botas aquí.



Allá donde voy siempre se forma un corrillo de curiosos.



De la nada apareció un escuadrón de chicas uniformadas. La foto era inevitable.



En medio de la nada, una abandonada cinta de asfalto destrozado es la única señal de civilización.



En medio de la nada aparece un cementerio, construido con adobe. Es tético.

De Aktau a Beyneau hay 470 kilómetros de un infierno de baches, polvo, arena fina como talco y una lengua de roca llena de cráteres

Todos calzan gastados zapatos de baja calidad, normalmente con puntera afilada, algo combada hacia arriba y el talón aplastado para que sea más fácil descalzarse. El aduanero tecleaba trabajosamente con un dedo en un ordenador cuyas tripas albergaban el formulario electrónico para conceder los ansiados permisos de importación temporales. Le costaba sudores leer mis documentos y pasarlos al programa. Debía hacerlo paso por paso, casillero por casillero. Si uno de esas casillas no se rellenaba adecuadamente, el sistema no admitía nada de lo hecho anteriormente y debía volver a empezar. Todos hemos vivido esa horrible situación al comprar un billete de avión por Internet o realizar alguna gestión semejante. Le das al *enter* para que continúe y la jodida máquina da error y te dice que falta algún dato. Y vuelta a empezar. Si esas complicaciones informáticas nos desesperan a nosotros, que se nos supone duchos con las nuevas tecnologías, imaginé el

enorme esfuerzo que podía haber supuesto para los pobres funcionarios uzbekos adaptarse a los intentos de informatización de su burocracia. Les compadeci sinceramente.

Buen inglés... El aduanero que me había tocado en suerte era un chico joven, francamente colaborador, y su inglés era más que aceptable. Supongo que por eso le encomendaban encargarse de los extranjeros que elegían el peor camino posible para entrar en Uzbekistán. En su propio vehículo desde Kazajistán. Y yo había elegido el peor del peor, el que comienza en Aktau, a orillas del mar Caspio, y cruza todo el interminable desierto hasta esta frontera. Los que vienen por Turkmenistán o por la ciudad kazaja de Atyrau encuentran una carretera razonablemente asfaltada. Yo sólo tuve el infierno, y todo para mí solo. De Aktau a Beyneau hay 470 kilómetros de polvoriento páramo. Un infierno de baches, polvo, arena fina como talco y una especie de lengua de roca viva llena de cráteres. La moto traqueteaba de un modo horrible. Parecía que iba a desintegrarse. Y el viento soplaba fuerte y levantaba nubes de polvo. Sufría tanto que comencé a preguntarme qué sentido tiene hacer esto. La respuesta que me di es que no había que hacerse preguntas, sino que era el momento de recordar que lo hacía porque me había



No es la primera vez que la pobre 'Victoria' cae, pero es dura como una roca.



Aspecto de un cementerio en Kungrad. Más desvencijado, imposible.

Exponerme a peligros siempre me ha parecido una actividad idiota. Sólo los occidentales bien comidos pagamos por pasarlo mal...

comprometido conmigo mismo a hacerlo, aunque ahora pensase que es una insensatez, porque es el momento de tirar de huevos. O de echarle tres maltas. El aduanero preguntó potencia, año de fabricación y el valor de la moto. Preguntar lo que cuestan las cosas es una constante aquí. A veces tiro por lo bajo para no dar impresión de millo-

nario, algo que es absurdo, porque aunque diga que cuesta la mitad de la mitad de lo que cuesta sigue siendo una cantidad desorbitada para la mayoría de estas gentes; otras veces digo que cuesta cifras deliberadamente absurdas, como un millón de dólares. El resultado es siempre el mismo, incomprensión y caras de asombro. Pero esta vez reconocí el precio exacto para estupor del funcionario. Se quedó un momento pensativo entre tecleo y tecleo. -¿Y por qué? -¿Por qué qué? -¿Por qué esta forma de viajar solo, peligrosa, difícil? Podrías venir en avión.

Siempre he sabido qué responder a estas preguntas. No tanto a los demás, sino a mí mismo. Tenía claro lo que estaba haciendo y por qué. También para qué. Exponerme a peligros ciertos y a incomodidades también ciertas cuando nadie me obliga a ello siempre me ha parecido una actividad un poco idiota. Recuerdo que mi primera conferencia sobre viajes en moto la titulé *Manual del aventurero idiota*. Y fue no sólo porque yo mismo soy un desastre planificando y organizando mis aventuras, sino porque me daba cuenta desde el primer instante de que sólo los occidentales bien comidos pagamos por pasarlo mal. Los africanos que cruzan el Estrecho o los espaldas mo-

jadas no son aventureros, desearían un viaje confortable al primer mundo, pero arrostran riesgos sin red que a cualquier aventurero blanco le dejan a la altura de pijo de club de golf. Sabía que mi actividad no era más que otra consecuencia de la sociedad de confort en la que estamos instalados. De la que se huye brevemente para retornar. Que sé que necesitaba sentir frío para disfrutar de la calefacción, del hambre para deleitarme con un mendrugo seco al final de la dura jornada, de la sed para reconocer el dulcísimo sabor del agua potable. Necesito probarme, superarme y también necesito contarlo a los demás, escribirlo, comunicarlo, compartirlo.



En el desierto es fácil encontrar pozos de petróleo en activo y abandonados.



Una vieja Ural rusa, dura como una piedra, ¡y con motor boxer!



Está claro. Entro en un sector peligroso. Suerte de inglés, porque no sé nada de ruso...

INFORMACIÓN ÚTIL

Kilometraje
La moto llega a Akatau con 12.500 km y sale por la frontera con 13.051.

Documentación
Pasaporte con seis meses de vigor antes de la fecha del visado; visado tramitado en Madrid, doble entrada, dos meses, 60 euros.
Moto: permiso de circulación, se circula sin seguro.

Dónde dormir
Beyneu. Hotel Apha. 20 euros. Preguntar dirección.

Otros
Barco: 200 dólares.